

# La flor de la maleza

Una historia de Juana Manuela Gorriti

Ana María Shua

Ilustraciones de Gabriel San Martín

loqueleo

—¡Juana Manuela! ¡Juana Manuela! ¿Se puede saber dónde te has metido? —se oyó esa mañana de invierno en el caserón de la calle Alberro donde estaba la escuela. Era la voz de la maestra, la buena señora de Velazco—. ¡Pero qué chica tan desobediente! ¡Siempre haciendo travesuras!

Es que Juana Manuela era muy inteligente pero muy rebelde. Aprendía todo rapidísimo, mucho antes que sus compañeras. A los nueve años ya escribía como una persona mayor y era una fanática de los libros.

—Cuando sea grande, voy a ser una gran escritora —soñaba en voz alta la chiquita.

Sus amigas se reían con sus ocurrencias. Mamela (así la llamaban) quería leer, leer y leer... ¡y no por eso dejaba de saltar y correr como un potrillo suelto!

6 Mamela era nada menos que la hija del gobernador de Salta, pero en esa escuela salteña era una alumna más. Sus compañeras también venían de familias importantes y ricas. Mientras el señor Velazco daba





lecciones de latín y griego a los varones, su esposa les enseñaba a las chicas religión, lectura y escritura. Y buenos modales, por supuesto. Ser maestra de Mamela era un gusto y un castigo, porque la chiquita tenía una curiosidad y unas ganas de saber que le daban pura alegría a su maestra. Pero también tenía una especialidad: meterse en problemas. Era capaz de hacer cada cosa... Se contaba que una vez había ido a la iglesia con una naranja escondida entre los pliegues de su falda. ¡Y se había puesto a chupar su naranja en mitad de la misa! Por orden del cura, un monaguillo le fue a avisar a su mamá lo que estaba pasando, y le sacaron la fruta. Juana Manuela se enojó tanto que se pasó el resto de la misa haciéndole muecas al sacerdote, a propósito para que se equivocara. ¡Era mucho más fácil enseñarle a Mamela que controlarla!

—Juana Manuela, nunca te olvides de que eres una damita, y así es como debes comportarte —le decía su maestra.

—Sí, señora —contestaba Mamela, que la quería mucho y admiraba sus exquisitos modales. Pero portarse como una dama todo el día era taaaan aburrido...

Hasta los seis años, Juana se había criado en total libertad, corriendo por el campo, montando a caballo, haciéndose amiga de los gauchos que formaban el ejército de su papá, José Ignacio Gorriti. Pero a esa edad los padres decidieron que ya era hora de educarla para que se comportara de acuerdo a lo que se esperaba de una señorita de buena familia. Y para eso la mandaron a una escuela de monjas en la capital de la provincia. ¡Nada podría ser peor para la chiquita! Después de haber sido libre como el viento, tener que acostumbrarse a vivir en un convento de monjas salesianas, recorriendo a 11

12 paso lento esos pasillos oscuros y tristes en lugar de correr a lo loco por el campo abierto... Las buenas monjas también querían convertirla en una dama y, al parecer, para obtener ese resultado, había que empezar por conseguir que no se moviera. Después de un año de quedarse quieta, la pobre Mamela se enfermó tanto que tuvieron que sacarla del colegio y llevarla otra vez a su casa y a la libertad.



Pero ahora no estaban en el campo. Su padre, el gobernador de Salta, se había instalado con su familia en una hermosa casa de la ciudad. Juana Manuela ya no vivía en la escuela. Solo iba unas pocas horas todos los días. Era traviesa y desobediente, pero tan alegre y divertida que su maestra no podía enojarse demasiado con ella.

13

Esta vez, para variar, había vuelto a meterse en problemas. Dos chicas fueron a contarle a la señora de Velazco que Mamela se estaba peleando con una compañera en el patio de recreo. ¡Dónde se ha visto a una dama tirándole a otra de las trenzas! Cuando llegó la maestra, se encontró con un espectáculo todavía peor del que esperaba. Mamela y su compañera Carmicha se revolcaban por el suelo ¡peleándose como si fueran varones!

Las separó muy indignada. Carmicha, que llevaba la peor parte en la pelea, estaba